

LOS HUEVOS AMERICANOS

Gillette Audio — Nando el Escriba — gillettenarrative.com

El avión acababa de aterrizar. Mi mujer y mi hija estaban a la vez incrédulas y desconfiadas: un nuevo comienzo se había convertido en incertidumbre, y oír a tanta gente hablando otra lengua era algo completamente nuevo para ellas.

El aeropuerto JFK, Nueva York, nos daba la bienvenida. Para mí era volver a casa — a mi tierra — que había pasado de ser una promesa de identidad a una conquista y una nueva perspectiva.

Para decirlo breve: cuando la Cigüeña tenía que dejarme en Nueva York hace 61 años, se quedó deslumbrada y encantada por un halcón calabrés y decidió abandonarme en las laderas del Aspromonte. Pero esa es otra historia.

Recogimos el equipaje y subimos a un taxi amarillo. El conductor preguntó adónde íbamos y le di la dirección. Después preguntó de dónde veníamos y de dónde era yo originalmente.

Respondí: «Queens, NY».

Durante el trayecto, silencio absoluto. Al llegar, pregunté el importe: «22 USD con tarjeta; si paga en efectivo, 14 USD».

Lo miré con intención amistosa y dijo: «Trabajé doce años en Nápoles y aprendí que solo así puedo seguir pagándome mis vicios. Y por el equipaje supe que venían de Italia. Bienvenido a Nueva York».

La casa era nueva y bonita, con una sola entrada desde la calle y solo unos pocos escalones que subir. Las dos mujeres se miraron y hablaron a través de sus silencios — pero yo, con mi «código femenino» incorporado desde el nacimiento, sabía leer los matices y los pensamientos detrás de sus miradas.

«Estamos en casa», les dije. «Luego salgo a comprar algo de comida».

Salí a abastecerme. No me gustan los supermercados: Walmart acoge a todo el mundo, pero el cliente paga caro en Walmart. Mis proveedores siguen siendo las tiendas pequeñas del barrio, esos sitios donde cruzar dos palabras, o una broma, me deja recoger noticias de verdad — y escribir sobre mi vida.

«¿Y los huevos, Jack, dónde puedo comprarlos frescos?»

«Detrás de esta calle hay un turco que se llama Kan. Tiene unas cuantas gallinas propias que cuida con celo. Mira a ver si tiene lo que buscas».

Unos pasos después, llegué. Hasta hablaba italiano — y ahí empezaron las sorpresas.

Me llevó a la trastienda para enseñarme sus gallinas: conté solo nueve, y una de ellas llevaba un parche en las alas con los colores de la bandera italiana. Curioso, pregunté qué significaba.

Con orgullo, dijo: «Esa es Camilla. Viene de Italia, de Nápoles — barrio de Forcella. Me la regaló mi tío. Pone unos huevos maravillosos. Son huevos que se pueden beber frescos, no hace falta cocinarlos. Nunca alimento a mis señoras con productos químicos — solo comida natural, como hacemos en Turquía».

Me preguntó si quería probar algunos y, por supuesto, acepté. ¿Qué mejor ocasión?

Nos sentamos a una mesita dentro de la tienda, charlando, y me trajo un plato con tres huevos. «Recién puestos por mi Camilla. Nando, eres un hombre afortunado», dijo.

Estaban calientes al tacto. Esperé a que se sentara antes de seguir la conversación. Me preguntó qué quería beber. «Café americano, por favor».

Empecé a agujerear el primer huevo — pero no había agujero. Probé otro, luego el último. Los tres estaban duros. ...Un milagro. Estábamos en América.

Una gallina que pone huevos ya cocidos — no hace falta cocinarlos. No mostré sorpresa ni alarma; solo le pregunté a Kan por cuánto vendería a Camilla. Me preguntó por qué.

Sonrió: «¿Te han gustado los huevos?»

Le dije que quería regalárselos a mi hija, que adora las gallinas.

Por dentro pensaba: o un proyecto de un millón de dólares... o un fraude a la espera de ser entendido.

Pagué, me despedí y me fui. No le dije nada a nadie, pero al día siguiente volví.

«Buenos días, Kan. ¿Me pones hoy más huevos para beber?»

«Claro, siéntate. Te los traigo enseguida».

«Me gustaría entrar en el gallinero y cogerlos directamente de Camilla».

«Lo siento, Nando, pero anoche la cocinamos para una fiesta de cumpleaños. Pero te traigo otros huevos».

Mismo ritual, misma mesa, mismo plato: tres huevos frescos, para beber — pero, una vez más, duros y listos para comer.

Pagué, salí y pensé: el sueño americano.

O quizá... ¿es él el que intenta encontrarme — y todavía no lo ha conseguido?

Bienvenido a América

Nando

© 2026 Ferdinando Frega — Todos los derechos reservados

Gillette Audio — Registro de copyright en EE. UU. en trámite